Lección 2
(9 de Enero de 2010)

El fruto del Espíritu es amor

Pr. Emilson dos Reis

Los griegos utilizaban cuatro palabras para denotar la acción de amar, pero el Nuevo Testamento apenas emplea dos de ellas; una es *fíleo*, que hare referencia a un afecto emotivo (Juan 11:36); la otra es *agapaō* (el sustantivo es *ágape*), y significa un amor racional y voluntario, basado en una elección deliberada, donde el componente emocional se encuentra subordinado a la verdad y la santidad (Mateo 5:44; 19:19). Esta palabra se emplea en el Nuevo Testamento para indicar el amor de Dios (Juan 3:16). [1] Aunque la expresión ágape ya existía, raramente se utilizaba. Entonces, los cristianos se "apoderaron" de esa expresión e hicieron de ella una nueva palabra característica para amor. Fue algo así como una nueva expresión para una nueva idea. [2]

Antes del Nuevo Testamento, el mejor concepto de amor era aquél por el cual se conoce mejor al amor. Pero los cristianos pensaron en el amor como la cualidad demostrada en la cruz, el amor por los que eran totalmente indignos, el amor que procede de un Dios que, esencialmente, es amor; el amor prodigado a otros sin detenerse a pensar si son indignos de recibirlo o no. Ese amor proviene de la naturaleza de quien ama que de algún mérito del ser amado. El cristiano que fue la meta de ese amor ahora considera a los hombres tal como los ve Dios: como alguien por quien Cristo murió. Entonces practican el amor que nada busca para sí, sino el bien de la persona amada. Tal amor está centrado, entonces, en el interés por los demás.

El amor divino

Las Escrituras dicen que "Dios es amor" (1 Juan 4:8). Pero eso no significa que Él apruebe todo lo que haga el objeto de su amor. La aprobación no es una condición necesaria para el amor. Por eso, Dios nos amó cuando aún éramos sus enemigos (Romanos 5:8; Efesios 2:3-5). Del mismo modo, una madre ama a su hijo rebelde, aunque no apruebe sus actos. Hay una amor que incluye la aprobación, es el amor que se complace, cuyo objeto amado es amable y trae gozo. Este es el amor que Dios tenía para con Jesús, quien le era obediente en todo (Mateo 3:17; 12:18; 17:5; cf. Juan 5:20M 15:9-10). Este es el amor de Dios para con aquellos que le aman y le obedecen (ver Daniel 9:23; 10:11, 19; Efesios 4:25 – 5:1). Pero hay un amor que no se regocija en

---

[1] G. H. Lacy, *Introducción a la teología sistemática*, 2ª ed. (S. L.: Casa Bautista de Publicaciones, 1976), p. 82; Lewis Sperry Chafer, *Teologia sistemática*, (San Pablo: Hagnos, 2003), tomo 2, pp. 394-395.
[2] Raymond Bryan Brown, "I Coríntios", *Comentário bíblico Broadman*: Rio de Janeiro: JUERP, 1984), tomo 10, p. 431.

el objeto amado: el es amor que se compadece. Ese es el amor de Dios para con los ingratos y los malos. No es que haya dos clases de amores, sino dos objetos amados diferentes. Así es el amor de Dios para con el creyente y el incrédulo. [3]

El amor inherente en Dios es un sentimiento, pero también un principio activo. Como sentimiento positivo, anhela el bienestar de los objetos amados; y como principio activo, actúa para que así sea. [4] La comprensión del amor de Dios debe incluir el concepto de justicia (Éxodo 34:7). Sin ella, el amor no pasa de un mero sentimentalismo. Ambos, amor y justicia, operan juntos en el trato de Dios con los hombres.

El capítulo del amor

1 Corintios 13 es conocido como "el capítulo del amor". Algunas versiones más antiguas utilizan, para amor, la palabra "caridad". Sucede que, en nuestros días, la "caridad" está asociada a las limosnas, por eso es que esa expresión se ha dejado de lado. La expresión utilizada para amor, en su idioma original, es ágape.

Luego de enseñar sobre los dones espirituales, en 1 Corintios 12, Pablo declara: "Y ahora os voy a mostrar un camino aún más excelente" (versículo 31). Esta es una frase de transición, un nexo. Aunque los dones espirituales sean absolutamente esenciales para la iglesia, el camino sobremanera excelente para su utilización es el amor. Así, el amor es presentado –en este pasaje– no como un don, sino como un camino. Algunos corintios pensaban que los poseedores de ciertos dones eran personas extremadamente importantes. Pero Pablo afirma que, aunque tuvieran los dones más elevados, si les faltaba amor, no sólo serían insignificantes, sino que –en realidad– serían nada (1 Corintios 13:1, 2). Podemos tener éxito, obtener buenos resultados, ser admirados, apreciados y aplaudidos, pero –bajo el punto de vista de Dios y la eternidad– si nos falta amor, somos nada. Seremos apenas una versión moderna del profeta Jonás. Jamás un predicador tuvo un éxito tan grande como Jonás. Toda una gran ciudad se convirtió. Y, sin embargo, Jonás no amaba a ninguna de aquellas personas. Su obediencia aparente y su éxito no surgieron del amor (Jonás 3:4 – 4:3).

Pablo añade: "Y si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve" (1 Corintios 13:3). Estos actos de sacrificio personal parecieron acercarse mucho al amor práctico más puro y altruista, pero "es posible hacer cosas buenas para los demás sin amarlos, hacer el bien por otro motivo que no sea el amor". [5] Puede existir la generosidad sin amor; la auto entrega, sin amor, que lo único que busca es la alabanza, la promoción personal. Una persona puede dar más que sus propiedades, puede entregar su propia vida. Podemos entregarnos completamente a un ideal, sin hacerlo por amor. "Entregar el propio cuero por amor es un acto heroico. Pero dar el propio cuerpo por amor a uno mismo es un acto de egoísmo". [6] Tales sacrificios sin amor se pierden. Si el amor es tan necesario, necesitamos saber qué es. Los versículos 4 al 7 retratan lo que el amor

---

[3] A. B. Langston, *Esboço de teologia sistemática*, 4ª ed. (Rio de Janeiro: Casa Publicadora Batista, 1959), pp. 65-66; Chafer, tomo 2, pp. 432-433.
[4] Erickson, 294.
[5] Brown, tomo 10, p. 432.
[6] *Ibid*., tomo 10, p. 433.

es, lo que el amor no es, y lo que el amor es capaz de lograr. Pablo utiliza verbos que están todos en presente, indicando acciones continuas y actitudes habituales, gradualmente incorporadas a través de la repetición.

El amor es paciente, tolerando, tardo para airarse, es sufrido, es benigno. La benignidad es parte del fruto del Espíritu. Significa cortesía, amabilidad, temperamento dócil. El amor no se enciende en celos o envidia. “El amor no detesta el éxito de otros”. [7] No se ufana, no se gloría, no se enaltece por sus virtudes, conocimiento y logros. No se ensoberbece. “Hay muchas maneras de mostrarse orgulloso, y el amor es incompatible con todas ellas. El amor se preocupa por darse, no en enaltecerse”. [8] El amor es humilde. Pero no se debe confundir humildad con pobreza, ignorancia o timidez. Aprendamos a ser humildes como Jesús. Él dijo: “Venid… y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29).

El amor no se conduce de modo inconveniente, con arrogancia, con soberbia. No se porta de manera vergonzosa, deshonrosa, indecente. El amor no es rudo, porque eso hiere a los demás. No se comporta con grosería. El que ama actúa con delicadeza porque no desea herir a nadie. Cuando notamos que nuestro comportamiento o nuestras actitudes están perjudicando a otro, o hieren a alguien, el amor nos impele a eliminar esas manifestaciones internas oscuras por medio de la gracia del Señor. El amor no busca sus intereses, antes se manifiesta a través de la renuncia propia. “Insiste en el bienestar de los demás y no en la búsqueda de los intereses personales” [9] (ver 1 Corintios 10:24). El amor no se exaspera, no es mezquino. No es difícil convivir con él. No irrita ni provoca a los demás. “No hace miserable la vida de los que lo rodean por un temperamento nervioso”. [10] No tiene mala voluntad, no es explosivo ni peleador; no se resiente del mal. El amor no achaca lo malo, no acumula odio, ni alimenta quejas. “Quien ama… no guarda rencor”.

Si realmente amamos a alguien con el amor del Salvador, veremos mucho más su fuerza y su potencial, en lugar de sus defectos y flaquezas. Cuando hiciera algo que nos irrite, seremos capaces de tratarlo según el contexto de lo que esa persona es en Cristo, en vez de magnificar lo que sucedió, al punto de monopolizar nuestra tención. El amor no guarda registro de las cosas hechas o dichas en contra de nosotros. Es perdonador.

El amor no se alegra con la injusticia, sino que se regocija con la verdad. “El amor no se goza con el mal de ninguna clase”. [11] No apoya la injusticia fuera, o dentro, de la iglesia. No es indiferente con respecto a ella.

No llama correcto a lo que está mal. Cuando seas tentado a hacer caso omiso ante una injusticia, por miedo a “quedar pegado”, recuerda que “un barco está a salvo en el muelle, pero no fue para eso que se construye un barco”. Toma postura en contra de la injusticia, de modo correcto, en el momento apropiado, y en el lugar adecuado, ante la

---

[7] Leon Morris, *I Coríntios: introdução e comentário*, 3ª ed. (San Pablo: Vida Nova e Mundo Cristão, 1986), p. 148.
[8] *Ibid*.
[9] Brown, tomo 10, p. 435.
[10] *Ibid*.
[11] Morris, p. 148.

persona justa. También existe el peligro de que nos alegremos con lo que no es bueno y verdadero, sino con lo que es oscuro y sórdido.

Algunos hallan una falsa sensación de alivio al ver que otros fracasan y caen. Pero el amor anhela ver a los demás de pié, creciendo, y se entristece cuando otra persona es derrotada. Se goza con los que se alegran y llora con los que lloran. No se entrega al chismerío y cubre una multitud de pecados. El amor todo lo sufre, todo lo soporta. Como lo expresó Teresa de Calcuta: "El amor duele". "El amor no retrocede fácilmente, sino que aguanta". [12] Pero no con una paciencia resignada, sino con una fortaleza positiva. No se deja vencer. Sobrevive a la tristeza, la decepción, la crueldad, la indiferencia. Sigue adelante. Jamás vacila y desiste.

El amor todo lo cree, todo lo espera. "Tiene una actitud de confianza hacia los demás… Prefiere creer en las buenas intenciones… Prefiere ser demasiado generoso que demasiado desconfiado". [13] Tiene en cuenta las circunstancias y ve lo mejor en los demás. El amor retiene su fe. "Está siempre dispuesto a conceder el beneficio de la duda". [14]

Se rehúsa a aceptar el fracaso como definitivo. [15] Todo fracaso es apenas una derrota temporaria. Con confianza, mira hacia la victoria final por la gracia de Dios. En medio de toda la maldad, sabe esperar, en razón de las promesas divinas. El amor, este amor que estamos describiendo, jamás se termina. Pase lo que pase, soporta firme todo porque hay un propósito: Dios está esculpiendo en nosotros la imagen de su Hijo.

Alguien sugirió alguna vez que debíamos leer 1 Corintios 13:4-7 retirando la palabra amor para colocar en su lugar Jesús. Léelo de ese modo. ¿Qué piensas? ¡Encaja perfecto! Jesús es la personificación del amor. Ahora lee todo de nuevo colocando en ese lugar tu nombre. ¿Y ahora? Ese es el sueño de Jesús para tu vida. Si estás de acuerdo, Él obrara de tal modo en tu corazón que algún día podrás leer ese texto, sólo, diciéndote a ti mismo: "Cuán diferente era yo de lo que aquí es retratado. Ahora me veo mejor".

Al introducir el tema del amor, Pablo lo denomina "camino aún más excelente" (1 Corintios 12:31). Ahora, al concluirlo, él hace un llamado a que sigamos ese camino: "Seguid el amor" (1 Corintios 14:1). La idea es la de continuar, persistir. Indica una acción que nunca se termina. Seguir el camino del amor es seguir la naturaleza del propio Dios. Nunca debemos dejar de hacer del amor la obra de nuestra vida.

También debemos recordar que ese amor necesita ser recibido y que sólo es dado a los que se entregan a Dios. [16] Mediante su Espíritu, que es la Fuente de los dones y también la fuente del amor (Romanos 5:5), ayuda al hombre a demostrar por el prójimo la misma clase de amor que Él demostró para con todos los hombres.

Amor a los enemigos

---

[12] *Ibid*., p. 149.
[13] Brown, tomo 10, p. 435.
[14] Morris, p. 149.
[15] *Ibid*.
[16] Brown, tomo 10, p. 431.

“Oísteis que fue dicho: ‘Amaras a tu prójimo, aborrecerás a tu enemigo’. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os maltratan y persiguen. Para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que envía su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? Y si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo los paganos? Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mateo 5:43-48).

Jesús no está contradiciendo la Ley y los Profetas, esto es, el Antiguo Testamento. El estaba contradiciendo la tradición de los judíos. Cuando Cristo hizo referencia al Antiguo Testamento, utilizó la fórmula “Está escrito” (Mateo 4:4, 7, 10; 11:10; 21:13; Juan 12:14); no obstante, aquí –en el Sermón del Monte– en seis oportunidades utiliza la expresión “fue dicho” (Mateo 5:21, 27, 31, 33, 38, 43), y esa es una referencia a la tradición, a la enseñanza oral que habían recibido y que tenía pretensión de ser un comentario correcto de las orientaciones dadas en el Antiguo Testamento, pero que estaba equivocada en muchos aspectos. [17]

El nos mandó amar a nuestros enemigos con el amor ágape, y no con aquél que hace referencia a un afecto emocional. El no nos manda que gustemos del enemigo, como nos agradaría amar a un familiar o un amigo muy querido, sino a tratarlo humanamente y con bondad, no intentando devolver el mal que nos ha sido hecho. En nuestras relaciones, debemos considerar a nuestro enemigo como alguien por quien Cristo murió, tal como nosotros mismos, un candidato al reino de Dios.

La expresión “sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mateo 5:48), que concluye esta sección de las enseñanzas de Jesús no es la mejor traducción del original. El tema que Jesús venía presentando no se centraba en la perfección, sino en el amor. La mejor traducción sería “sed pues vosotros inclusivo como inclusivo es vuestro Padre celestial”. [18] Entonces, el llamado es para que incluyamos en nuestro amor no solo a los que son buenos, sino también a los que son malos, tal como lo hace Dios, nuestro Padre.

El amor ejemplificado

En los días de Cristo, los judíos –con la mente entenebrecida por tantos años de distanciamiento de Dios– no tenían demasiada certeza de quién era su prójimo. Excluían de esta categoría a los gentiles y los samaritanos, porque eran extranjeros y enemigos. Pero, entre su propio pueblo, ¿quién era el prójimo? [19]

---

[17] John Stott, *A mensagem do Sermão do Monte: contracultura cristã,* 3ª ed. (San Pablo: ABU, 2001), p. 71.

[18] *Ibid*., 122-123; R. V. G. Tasker, *Mateus: introdução e comentário* (San Pablo: Vida Nova e Mundo Cristão, 1985), p. 56. Ver el texto paralelo de Lucas 6:36. En el propio Sermón del Monge Jesús no enseñó que seremos perfectos, sin pecado, sino que seguiremos teniendo hambre y sed de justicia, la cual será plenamente satisfecha cuando estemos en su Reino de gloria (Mateo 5:6). Es hacia este reino que apuntan las recompensas de las bienaventuranzas (Mateo 5:3-12). También nos enseñó a orar mientras estemos en este mundo: “perdónanos nuestras deudas” (Mateo 6:12).

[19] Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes,* p. 461.

Fue para responder a este interrogante que Jesús relató la parábola del buen samaritano, registrada en Lucas 10:30-37.

El samaritano se acercó. Llegó a estar muy cerca del hombre herido. Y se percató de que era un judío, alguien que odiaba su raza, que era de otra religión, alguien que probablemente jamás lo ayudaría si las cosas fueran al revés. Pero eso no le importó. Quien estaba allí, necesitando desesperadamente ayuda era un ser humano. Y para él esto era motivo suficiente para prestarle auxilio. La Biblia dice: "Viéndolo, se compadeció de él". Primero, tuvo compasión en su corazón, y todo lo que fue hecho desde ese momento en adelante, fue sólo el resultado de la misericordia, del amor que moraba en él.

Meditando en esta parábola podemos percibir otras preciosas lecciones espirituales. Las personas que se relacionaron con el hombre herido pueden ser clasificadas en tres grupos, cada uno de ellos demostrando una actitud y una filosofía de vida.

El primer grupo es el representado por los asaltantes. Su actitud fue la *codicia*. Millones viven en una vida de egoísmo y afán por las ganancias, procurando preservar al máximo posible todo cuanto poseen y esforzándose en obtener del prójimo todo lo que fuere posible. Esta clase de gente irá aumentando a medida que el fin se aproxime. El apóstol Pablo escribió: "Esto ten en cuenta, que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres amantes de sí mismos, avaros…sin afecto natural… crueles" (2 Timoteo 3:1-3).

El segundo grupo es retratado por los religiosos: el sacerdote y el levita. Su actitud ante el infortunio ajeno fue de *indiferencia*. Puede ser que no pertenezcamos al primer grupo, el de los codiciosos, pero ¿no es cierto que muchos de nosotros, que somos cristianos, nos identificamos con el grupo de los que son indiferentes al dolor, la tristeza y la desgracia de otros? ¿Cuántas veces, aún empeñados en la obra de Dios, nos entusiasmamos con nuevos proyectos, métodos y blancos y –no obstante– somos indiferentes para con las personas? Ninguna obra, ninguna actividad, por más sagrada que sea, vale más que un ser humano.

Elena G. de White nos dice que esta parábola fue una historia real, bien conocida para los que estaban escuchando. Además, aquél sacerdote y aquél levita estaban presentes en el lugar, escuchando el fiel relato de labios del Maestro. [20] En el momento en el que se encontraron con el moribundo, pensaron que estaban solos, pensaron que nadie los había visto, pero ahora –para su horror– el papel que habían desempeñado en el episodio estaba siendo contado como lo hubiera hecho un testigo ocular. En rigor de verdad, "Todo el cielo observaba para ver si el corazón de esos hombres sería movido por la piedad hacia el infortunio humano". [21] ¡Qué decepción! ¡Pasaron de largo! El Cielo nos observa. ¿No estamos, muchas veces, pasando de largo unos por los otros?

El tercer grupo está representado por el buen samaritano. La fuerza motivadora de su vida fue el amor, el que "procede de Dios" (1 Juan 4:7). Quien lo manifiesta, claramente evidencia que está convertido (1 Juan 3:14; 4:7). Tal amor cumple con la Ley (Roma-

---

20 White, p. 462

21 White, p. 463

nos 13:8-10; Gálatas 5:14). Aquél que vive sin tener en cuenta a Dios busca únicamente sus propios intereses, vive sólo para sí o –cuando mucho– para su familia.

Pero aquél que busca agradar a Dios extiende su radio de acción hacia más allá de si mismo y de los suyos, y está dispuesto a ayudar a quien se encuentre en dificultades.

Esta calidad de amor es de origen celestial y sólo es encontrado en el corazón de aquellos que están realmente convertidos. "Cuando el yo está sumergido en Cristo, el amor brota espontáneamente. La plenitud del carácter cristiano se alcanza cuando el impulso a ayudar y beneficiar a otros brota constantemente de adentro, cuando la luz del cielo llena el corazón y se revela en el semblante". [22]

Hace muchos años, fui a visitar a un enfermo en la Santa Casa de la Misericordia, en Cuiabá. Luego de la visita, al caminar por uno de los pasillos, di con la capilla. Arriba de la puerta, del lado de afuera, estaba escrito: "Aquí entramos para amar a Dios". Del lado de adentro, había otra inscripción que decía: "De aquí salimos para amar al prójimo". ¡Qué gran verdad! Debemos ir a la iglesia para adorar y amar a Dios, y debemos salir de ella deseosos de amar y servir al prójimo.

¿Cuál es tu filosofía de vida? ¿La de los asaltantes, la de los religiosos o la del buen samaritano? ¿Qué fuerza es la que te impulsa en tus relaciones con el prójimo? ¿La codicia, la indiferencia, o el amor?

Emilson dos Reis
Director
Seminario Adventista Latinoamericano de Teología (SALT)
Campus Engenheiro Coelho
Brasil



Traducción: Rolando D. Chuquimia

© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

[22] Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 317